

patria, ante la Historia, toda la responsabilidad de aquella política.

En el momento de determinar un cambio en las Cortes y en el Gobierno, precisaba determinar también otro cambio análogo en la política y en la administración. Pero conservar la política y cambiar las personas, francamente, eso no tiene ni puede tener explicación plausible. Las ideas son eternas, los principios sagrados, las teorías y los sistemas como el alma para el cuerpo y el pensamiento para el alma; más ideas, principios, sistemas, resultarían meras entelequias, entes de razón como el ente dilucidado, abstracciones meras, si no les prestara carne, sangre, nervios, calor vital, realidad, su verbo, su encarnación misteriosa, las personas.

Entre los sofismas indudablemente más acreditados, pero también más vulgares, ninguno tanto como el sofisma de que los principios resultan esenciales á la política y las personas indiferentes. Los principios serán esencialísimos, pero las personas esenciales también. No tienen la altura, la grandeza, la perennidad de los principios, pero son respecto á ellos lo mismo que el cuerpo respecto al espíritu: su revelación. ¿Es indiferente, por ejemplo, que el imperio se personifique en el príncipe imperial muerto, ó en el príncipe Napoleón su heredero? Pues cuestión de personas. ¿Es indiferente que la monarquía francesa se personifique en el conde de Chambord ó en el conde de París? Pues cuestión de personas. ¿Es indiferente que la república se halle representada por M. Mac-Mahon ó por M. Grevy? Pues cuestión de personas.

En Inglaterra, donde las leyes tienen tal fuerza y las instituciones tal imparcialidad, el jefe de los elementos conservadores es siempre uno mismo, y otro mismo el jefe de los radicales. Le llamarán Rusell y Wellington, Palmerston y Derby, Disraeli y Gladstone; pero formarán una dinastía amovible de estadistas junto á la dinastía inamovible de monarcas. Y realmente no puede cualquier advenedizo, sin

el idal en la mente, sin la experiencia en la vida, sin el aguijón de la responsabilidad para moverse, sin el horizonte de la gloria para alentarse, reducido á llenar un vacío, á sustituir á un ausente, á representar una política ajena á su conciencia, escusarse de faltas y de responsabilidades tremendas. ¿Por qué, conservándose la política conservadora-liberal, ha caído su representante, su jefe, su personificación, el Sr. Cánovas del Castillo? ¿Por qué? Nadie lo sabe; y si alguien lo sabe, nadie lo dice.

En vano interrogamos á los ministros pasados y á los presentes. Parecen aquellos oráculos de la decadencia pagana, prontos á dar toda suerte de respuestas ambiguas á las más concretas preguntas, para que á todos los casos y á todos los sucesos se amoldasen. ¿Por qué se fué el señor Cánovas del Castillo? ¿Qué le faltaba? Preguntémoslo con severa imparcialidad. ¿Política definida? No; porque la suya tenía tal crédito, sobre todo en ciertas regiones, que le sobrevivió y aún dura. ¿Resolución de continuar? No; porque temperamentos de su temple no ceden ni á la fatiga ni al desaliento. ¿Mayoría en las Cámaras? Poco antes de caer tuvo en el Senado y en el Congreso la votación más nutrida, más compacta, más numerosa que registran los fastos de los combates ministeriales. ¿Por qué cayó? Nadie lo sabe; ó si todo el mundo lo sabe, nadie se atreve á decirlo. No quiero creer que haya habido una especie de conspiración militares pacífica contra el carácter demasiado civil que según algunas lenguas tenía el anterior Ministerio. De haberla, bien castigados quedaban los vencedores con su propia victoria, pues en ningún tiempo el Estado Mayor general del ejército apareció tan malcontento como ahora.

No quiero creer que en el seno de la anterior situación existieran esas rivalidades personales que destruyen aquí todas las situaciones. El ministro de la Gobernación era íntimo amigo del presidente del Consejo, y con decir esto se ha dicho todo, pues el anterior ministro de la Gobernación pasa, y con razón, por el fénix de los amigos. Así,

pues, no había ni pretexto siquiera para un cambio. Y sin embargo, de improviso, el orador que riñera aquí batallas tan gigantescas, el estadista que acabara la guerra civil, el fundador de las instituciones vigentes, el jefe de los partidos conservadores, el hombre teórico y práctico de la restauración, desaparece por misteriosa manera y le reemplaza un general venido de Cuba con más ánimo de sostenerlo que con ánimo de sustituirlo. Señores, de continuar el partido liberal-conservador, no conozco solución alguna como el Sr. Cánovas del Castillo en el palacio de la calle de Alcalá, y el Sr. Martínez Campos en la capitania general de la Habana. Autor el uno de la política dominante, debía llevarla hasta sus últimas consecuencias; autor el otro de la paz de Cuba, debía procurarnos hasta sus últimos resultados. Pero caído el uno, se ha quebrantado mucho su fuerza; y elevado el otro, se ha quebrantado más su prestigio.

Y esa mayoría tiene tres ó cuatro cabezas; y esta Cámara, apenas nacida, siente caer sobre sí las angustias de la muerte; y ese partido liberal-conservador se ha desorganizado; y una crisis nueva nos amenaza, y nuevas elecciones nos amagan, y mil y mil fraccioneillas surgen de la descomposición universal, y en las votaciones públicas se sobrepone una voluntad particular á la dirección del Gobierno, y en las votaciones secretas resultan miles de combinaciones inverosímiles é inexplicables, y todo prueba que de un periodo de organización, de disciplina, de obediencia abajo, de autoridad arriba, pasamos á la anarquía y á la desorganización más completa, como siempre que por cualquier motivo suele prescindirse de las grandes necesidades políticas y de la altísima realidad histórica. Y no creais que lo hecho puede con tanta facilidad deshacerse; no creais que lo sucedido tiene ni puede tener remedio. Los partidos no son esqueletos de un gabinete de anatomía, recomponibles con alambres, y medio artificiosos cuando se desorganizan y descomponen; los partidos son

seres vivientes; que si pierden un órgano caen sin poderlo remediar en las descomposiciones de la muerte. Por manera que habeis traído con esa crisis tantos males sobre vuestra propia política, sobre vuestra organización, sobre vuestras huestes, y no sabeis ni qué ni quién ha producido esa crisis. Pues la ha producido una política personal.

Todo el mundo pregunta por qué ha caído el Sr. Cánovas, y nadie contesta. Pero todo el mundo lo sabe, aunque nadie, absolutamente nadie, lo diga. El Sr. Cánovas nos da por razón de su salida el mal estado de su salud. Y al escuchar esto, ya no hay nada que decir. ¡Su salud! En ningún corazón, ni siquiera en el corazón del cariñosísimo hermano que aquí tiene, habrá resonado esa palabra como en mi corazón. Yo venero en el Sr. Cánovas una de las mayores glorias de nuestra patria; yo amo en el Sr. Cánovas uno de los mayores afectos de mi vida. Yo, español, deseo que duren todas las glorias de España. Amigo, á medida que los horizontes de la esperanza se cierran, á medida que el tiempo por venir se acorta, á medida que nos acercamos al sepulcro, volvemos los ojos hacia lo pasado y en sus recuerdos encontramos el único paraíso de la vida. Si el Sr. Cánovas necesitaba reposo para su salud quebrantadísima, nada quiero, nada puedo, nada debo decirle. Pero permítame S. S. una observación, ó mucho mejor, permítame S. S. una pregunta. ¿Qué dañaba á su salud en tan alto cargo; la dignidad, el honor, ó el trabajo? Porque S. S. trabaja mucho más después que ha caído del poder. No digo nada de trabajos en cierto sentido, de los trabajos que le traen ciertos discursos y de las penas que le causan ciertas disidencias. Pero si la mayoría se descomponen, el Sr. Cánovas la recomponen; si las grandes reuniones parlamentarias se celebran, el Sr. Cánovas lleva la voz; si los ministros antiguos y modernos disienten, el Sr. Cánovas procura los sendos asentimientos; si las batallas políticas se empeñan fuertemente en este sitio, el Sr. Cánovas es el único que combate. Tal tarea trae S. S. fuera del Gobierno,

que, para descansar, hubiera sido necesario que volviese dentro. El remedio que ha tomado, parécese al remedio de un campesino de mi pueblo. Hallábase convaleciente el pobre palurdo de una fiebre pútrida, y su médico le aconsejó que tomara un cosa ligera. Al día siguiente de tal disposición, volvió á la casa y encontró al enfermo con una calentura tan alta como no la tuviera ni en los días más terribles de su aguda enfermedad. «¿Qué le habeis dado?» preguntó á la familia. «Pues lo que su merced recetara; una cosa ligera.—¿Y qué demonio de cosa ligera es esa que le está matando?—Señor, una liebre.» Pues la liebre del cuento es el reposo de S. S. No. El Sr. Cánovas no se ha ido por causa de su salud; el Sr. Cánovas se ha ido por otras causas verdaderamente políticas, que sabreis si escuchais el resto de mi discurso.

Todavía le perdonáramos que se hubiera ido, si no nos dejara al general Martínez Campos á la cabeza del Gobierno. Pocos amigos tiene el presidente del Consejo tan leales y sinceros como yo en esta Cámara. Pocos han contribuido tanto como yo á su gloriosa carrera. Lo digo, no con ánimo de echar en cara antiguos favores, recompensa de preclaros servicios; lo digo porque el general Martínez Campos lo ha recordado con su natural sencillez y llaneza. Sirviéndonos, sí, sirvió á aquellas situaciones, pero salvando siempre sus ideas y sus preferencias políticas. ¿Trátase de dar al general Martínez Campos un puesto militar? Nada más acertado. Pocos le igualan en maestría, poquisimos en fortuna. Pelea como un general romano, y negocia como un diplomático moderno. Un Ministerio en que yo era ministro de Estado le nombró mariscal de campo. Un Ministerio en el cual tenía yo el influjo que me daba mi ardiente ministerialismo y la presidencia de esta Cámara, le nombró general en jefe del ejército del Centro. El Ministerio que yo presidía le nombró capitán general de Cataluña. Yo aplaudiré á cualquier Gobierno que le encomiende á S. S. un mando militar. Enviadlo á Cataluña, y tomará

la Seo de Urgel. Enviadlo al Centro, y cooperará á la toma de Cantavieja. Enviadlo al Norte, y ahuyentará las facciones. Enviadlo á Cuba, y os traerá la paz, la paz cuyas condiciones no puedo ni debo regatearle, la paz que ha sido una bendición de Dios. El general Martínez Campos tiene, ha tenido, tendrá siempre inmenso influjo en España, por cualidades que le desemejan de sus compatriotas, por su actividad infatigable, por su amor al trabajo en esta tierra de oriental pereza. Él madruga cuando los demás reposan, vela cuando los demás duermen, ayuna cuando los demás comen; dado con una fe y con una austeridad de cenobita á todas sus empresas. Y aquí acaban mis elogios al general Martínez Campos. En la milicia pedidle cuanto queráis; en la política no le demandeis cosa alguna. Imposible que gobierne un hombre desconociendo por completo las leyes, las instituciones, los partidos, los grupos, la historia, las ciencias sociales, todos los medios grandes y pequeños del Gobierno. Imposible que sea jefe de un Gobierno parlamentario quien recela en tan alto grado del Parlamento. Acordáos de la homérica sencillez con que os hablaba acerca de lo inútil que debe ser la intervención de unas Cortes en los arreglos relativos al Consejo Supremo de la Guerra. Acordáos de las emboscadas que cree encontrar por todas partes en este sagrado recinto, y de la nostalgia con que os habla de los campamentos. También aquí hay virtudes oscuras como las virtudes militares; también hay aquí soldados que se sacrifican por su patria, que abandonan su hogar y su familia, y que en cambio, solo reciben por premio la satisfacción de su conciencia. Con esa desconfianza que el general Martínez Campos tiene del Parlamento, los que amamos la vida parlamentaria tenemos muchos recelos del general Martínez Campos, no obstante su entereza y su lealtad. ¿Quién nos libertará en alguno de esos días en que los Parlamentos se encienden, de un arranque del general? ¿Quién puede conjurar una de sus corazonadas? S. S. tuvo aquella de

que tanto se enorgullece y que yo no le perdonaré jamás. Voy á hablar de esto tan quedo, que no me oigan ni siquiera los taquígrafos.

El Sr. **Presidente**: Señor diputado, si S. S. cree que necesita hablar tan quedo, mejor sería que no dijera nada.

El Sr. **Castelar**: Pues bien, diré en voz muy alta que aquella corazonada del general perdió y malogró lo mismo que él quería defender y salvar. Si hubiera esperado el curso natural de las cosas, el movimiento de los sucesos, el cambio de la opinión, el plano inclinado por donde se arrastraba la política, quizás hubiera venido la restauración por medios más legítimos, y hoy no tendríamos un argumento tan fuerte que echarle en rostro como el argumento de Sagunto. Además ¡qué de ilusiones, qué de engañosas esperanzas, qué de maniobras, qué de celadas, qué de conjuraciones fomenta y sostiene el ejemplo funestísimo dado por la terrible corazonada de S. S.! ¡Qué diferencia entre el sentido de legalidad que tiene la república francesa y el sentido de legalidad que tiene la monarquía española! En Francia es presidente de la república M. Grevy por no haber tomado parte en la revolución de Septiembre, y en España presidente del Consejo el general Martínez Campos por haber tomado parte en la asonada de Sagunto.

El Sr. **Presidente**: No puedo menos de advertir al Sr. Castelar que están para terminar las horas de reglamento.

El Sr. **Castelar**: Si S. S. se dirigiera á la Cámara proponiéndola que prorrogara la sesión yo concluiría muy pronto porque me queda poco que decir.

El Sr. **Presidente**: Un señor secretario se servirá hacer la pregunta.

El Sr. **Secretario** (conde de la Encima): ¿Acuerda el Congreso prorrogar la sesión?

Así se acordó.

El Sr. **Castelar**: ¡Ah señores! Nuestra rica lengua ha dado á los demás idiomas europeos muchas, muchísimas

palabras. Los partidos se llamaban por motes, como *cabezas redondas* en tiempo de la primera revolución inglesa; *descamisados* en tiempo de la revolución francesa; *wihgs* ó lecheros, *torys* ó bandidos; jacobinos, del sitio donde se celebraba un club célebre; girondinos, de la tierra donde sus principales jefes habían nacido; centro, derecha ó izquierda, por el lugar que ocupaban en la Cámara; rosa blanca ó rosa encarnada, por el distintivo que tenían, como verdes y azules por el color que usaban allá en el circo de Constantinopla. Nosotros hemos dado á todas las lenguas, para designar los partidos modernos, los nobles nombres de liberales y progresistas, como hemos dado la palabra *intransigente*, la palabra *pronunciamiento* y la palabra *camarilla*, que tal como la escribimos nosotros, se escribe hoy en todos los pueblos civilizados y en todas las lenguas cultas de Europa. No temais, sin embargo, señores, que, teniendo ya cierto sentido esa palabra, la use yo en esta discusión. La he pronunciado con ánimo de descartarla y combatirla. No hay camarillas, en el sentido malo que tiene la palabra, no las hay. Por consecuencia no las denuncio. Si las hubiera con verdad, las denunciaría con entereza, porque nadie me gana ni puede ganarme, ni aquí ni fuera de aquí, en ese valor cívico que arrostra así el puñal de los demagogos como el rayo de los omnipotentes. Pero hay un partido formado fuera de las elecciones, fuera de la prensa, fuera del Parlamento, en la sombra tal vez de los palacios; un partido como aquel que atacaron mil veces los grandes ministros británicos cuando decidieron á la reina Victoria á cambiar de servidumbre; un partido empeñado en que el poder real tenga en nuestro tiempo y en nuestra política una influencia personalísima, vedada por la naturaleza de nuestras instituciones y por los límites infranqueables del régimen constitucional. Y ese partido, que denuncio aquí en uso de mi derecho, está empeñado, en que no gobierne una personalidad brillante como el Sr. Cánovas, ni un partido político como el partido constitucional, sino

una serie de situaciones indecisas é intermedias, en las cuales brille más aquello que en apariencia aman con idolatría, y en realidad desacatan y profanan con escarnio.

La historia nos presenta mil ejemplos de partidos así, de influencias así, de sectas más ó menos visibles empeñadas en llevar dentro de una Constitución escrita tal ó cual poder fuera de sus naturales límites. Tales agrupaciones poderosas quieren á toda costa, no una política de Parlamento, no una política de idea, no una política de partido; quieren, bajo apariencias constitucionales, una política personal. ¿Os acordais del partido del rey que se formó en tiempo de Jorge III de Inglaterra? Tomaba este las riendas del poder á los 22 años, y creía que extranjero su predecesor ó predecesores, y nacido él en Inglaterra, nadie con tanto derecho á imponer una política propia y personal á su patria. Y en torno de esta aspiración real se formó un partido del rey. Los gentiles-hombres, los pajes, toda la servidumbre, le mantenían en esta idea y le murmuraban al oído, cuando le veían pasar, esta palabra: «Jorge, señor, sed verdaderamente rey.» Lo fué: el gran Pitt, que brillaba con luz propia y que dirigía los negocios del Estado con alto sentido político, se vió proscrito del poder y lanzado á los honores inútiles de la Cámara alta y de los títulos nobiliarios y al ocio de las pensiones cuantiosas; los amigos personales del rey, aunque faltos de palabra y de autoridad en el Parlamento, sucedieron á los ministros de naturaleza parlamentaria; y de tales errores gravísimos resultó que el régimen constitucional llegara á tomar las apariencias del régimen absoluto; que la dominación en la América continental se perdiera por el desprecio de las leyes y la imposición de irregulares tributos; que los conflictos entre el monarca y el Parlamento se prolongaron por espacio de veinte años, amenazando con escenas semejantes á las escenas de los Estuardos; que los partidos comenzaron por una desorganización completa y atómica, para

concluir por una de esas poderosísimas coaliciones que se imponen tarde ó temprano á los poderes más altos y que recaban las más brillantes pero también las más peligrosas victorias.

La política imperante se descompone, como yo había esperado siempre que se descompusiera, por descomposición interior. Y no lo dudeis, después de todo lo ocurrido, esa política no tiene más sustitución posible que una sustitución democrática. El error de los errores consiste en considerar la democracia como un partido político, cuando en realidad tiene todos los caracteres de un elemento social. Preguntar quién la ha traído, es como preguntar quién ha abierto el hondo lecho de los mares ó quién ha dibujado las dentadas crespas de los montes. La ha traído toda la civilización moderna, desde la filosofía hasta la industria. La sociedad es al revés de la ciencia: vive con pocas ideas, pero cuando recoge una, la agota en todas sus manifestaciones y en todas sus fases; y como nada se puede contra la sociedad entera, cual nada se puede contra el universo material, no hay medio de impedir la difusión de una idea ó el predominio de un elemento verdaderamente social. Desde el siglo VII hasta el siglo XIX, todas las resistencias á las ideas sociales han sido inútiles. ¡Cuánto no hicieron los Carlovingios para oponerse á la anarquía feudal restaurando el imperio romano, y cuán vanos sus esfuerzos, porque el feudalismo se necesitaba para traer todos los grandes principios de variedad en la historia moderna, los gérmenes del individualismo y los gérmenes de las nacionalidades! ¡Cuánto no hicieron los emperadores de Alemania para oponerse á la organización del pontificado, y el pontificado se organizó, porque respondía á los principios de unidad, coexistente con los principios de variedad, en la historia como en la naturaleza! ¡Cuánto no hicieron los señores feudales para contrarrestar el advenimiento de las monarquías, y los monarcas para impedir el advenimiento de la revolución! Y sobre el feudalismo vino la monarquía,